



Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO.

DR. LEOPOLDO ARNAUD.



Hombre estudioso, de mucha ciencia,
 Nada apetece su juventud;
 Tiene talento, tiene experiencia,
 Tiene dinero, tiene salud.

En las regiones americanas
 Ignotas tierras logró explorar;
 Sus caminatas fueron lejanas,
 Mas, no su patria quiso olvidar.

De exploraciones encantadoras
 Mil peripecias cuenta el Doctor...
 Díganme ustedes, bellas lectoras:
 ¿No tiene cara de explorador?

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

E. LABARTA

¡Al Africa!!

Allons enfants..!

Rrrran... rrrran... rataplán!

A África, vámonos al Africa! A cumplir el testamento de Isabel la Católica; á desagraviar á la valenciana (nada de atroces) que hizo de reina en la famosa cabalgata colombina; á cumplir nuestra misión en la tierra, á desmentir á Dumas, si es cierto que él dijo que «el Africa empieza en los Pirineos»; á cambiar de casa, ya que no de castumbres; á pasar sin que tengamos que hablar al portero en otras lenguas que las inventadas por ese Sr. Maüser, lenguas que, si no son á la escarlata como las de Lardhy, tampoco les falta el nitro según receta para la pólvora y para el *hors d'œuvre*, á ser los únicos *moros de la costa*; á cambiar el Don por el *Sidi*, y el Perez por el *Ali*; á obligar á nuestras hembras á cubrirse el rostro con tafetanes ó lienzos en vez de albayaldes y estucos, á ser santones en lugar de monagos; á tener bajás mejor que Gobernadores civiles; á conseguir que los ingleses nos ayuden en vez de apremiarnos; á resistirnos á un Mohamed Torres sin acordarnos de Gamaño; á ser moros de paz mejor que corderos del rebaño contribuyente, á tomar todas las turcas que se nos antojen sin amoniaco, casas de socorro, ni «sucesos del día,» ni Código Penal, ni delito de poligamia, ni suegras, ni divorcios, ni registros civiles, ni inciviles, ni sueltos periodístico-nupciales, ni Asmodeos ni «clichés noticieriles» de «jóven,» «simpático,» «aprovechado,» *modoso* (!) etc. etc.

¿Qué más se desea?

¡Al Africa á toda prisa; al Africa, como si dijéramos ¡al cielo! ó ¡á los Caneiros! en cierto país que yo me sé.

Ofrezcámonos á Lopez Dominguez, al digno general monopolizador de la última letra del alfabeto; digámosle que allá iremos todos, con nuestro equipaje, con nuestro ajuar, con todo lo nuestro.

El reservista ofrecerá ¡oh desprendimiento! su tizona, sin aspirar á más que al cobro del haber en campaña; el coronel ofrecerá su regimiento como cosa propia, sin saber que el Ministro le dirá:—¡hombre, Vd. irá á donde lo manden!—como decía el portugués á aquel loro, cuya constante charla consistía en gritar:—¡Lorito real: para España y no para Portugal!—el cosechero de vino dará el sobrante de la cosecha que no pudo exportar; el comerciante sus géneros apolillados; el zapatero, zapatos de *rusell* para los zapadores; habrá beata que envíe *trajes para vestir salvajes*; algún librero, obras escogidas de los muchos Perez, Gimenez y Fernandez indígenas é ilustres desconocidos en su patria; vendrá un comisionista de «Singer» y enviará prospectos ya que no máquinas; un médico remitirá un anuncio de los de «si toseis, tomeis»; se ofrecerá un abogado para arreglar jurídicamente y á tenor de la Novísima, el deslinde y amojona-

miento de los países conquistados; irán corresponsales á decir: «á mi juicio», «yo creo», «es mi opinión», y resultará que ni ellos tienen opinión ni juicio, ni habrá quien tenga fé en sus palabras, ni menos en sus obras si alguna ejecuta y es de misericordia consigo mismo, cumpliendo el undécimo «no estorbar»; acudirán Pitonisas para adivinar á los Milciades en campaña la enfermedad de que van á morir; tampoco no faltarán los solterones, viejos verdes para realizar el refrán: «la mancha de la mora con otra verde se quita»; y representarán nuestros cómicos «Las baños de Argel» y «Zulima ó la mora enamerada»; y entre tantas idas habrá una vedida al buen camino, que será—fuera modestia—la mía para decir con el capitan Araña:

—¡Al Africa, todos al Africa!; yo... me quedo en tierra!

JOSÉ G. ACUÑA.

CONSULTA

A mi casa llegó un día una chica á consultarse por ver si podía librarse de un *dolor* que padecía. Doctor, me muero, me dijo con acento lastimero, doctor, de veras me muero, no sé que tengo de fijo. La pul'sé, miré su cara pálida como la aurora, y la dije sin demora: ¡esa enfermedad no es rara!
—Hace ya meses, doctor que sufr...

—lo suponía.

—y estoy como el primer día sin encontrarme mejor. Todo el pueblo me murmura, que estoy pálida, ojerosa... ¿qué tendré?

—poquita cosa!

ese mal pronto se cura.
—Y siento aquí en mi interior una ansia que me devora, y por eso vengo ahora á que usted me vea, doctor; pues paso unas temporadas

con muchas náuscas saburras... yo tomé leche de burras con quina, que no fué nada. Tomé los baños de mar y hasta el a-sénico pero: de hierro el protoioduro y cuanto hay que tomar. Una botica completa, jaropes, pildoras, todo... y yá vé usted, no hallé el modo de acertar una receta.

—Pues eso, aunque mal estés no es nada, según entiendo; tu dolencia irá siguiendo un día.. otro día, un mes...

y esa excitación nerviosa en que te hallas sumergida, es principio de una vida dulce, afable deleitosa...

—Mucho le debo doctor pues comprende mi dolencia.

—No lo achagues á mi ciencia, si al génio *investigador*...

—Usted pronto lo ha sabido...

¡Ay, ya está mas sosegada!

¿No me receta usted nada?

—Si; te receto... un marido.

FERNANDO G. ACUÑA.

LA LIMOSNA

- Q**UE es lo que toca la campana de la iglesia?
- Es el Angelus.
- Pues ¿que hora es?
- Las seis.
- ¡Que triste es despertar al amanecer de un día sombrío!
- La poca claridad despierta en la imaginación ideas de muerte.
- Abrazame amor mío. ¿Te acuerdas de la pobre vieja mendicanta que nos perseguía ayer por la tarde cuando nos retirábamos a casa?
- Me acuerdo. Yo te dije: «Dale lo que lleves» y tu me obedeciste.
- Sí, te obedecí; y al mismo tiempo que nos daba las gracias, tu brazo estrechó el mío con gran fuerza y nos sentimos más cerca uno de otro.
- Entonces me dijiste en voz baja: «Ya sé por qué has querido que socorra a la infeliz mendiga. Yo te conteste: «Era preciso socorrerla.» Y tú replicaste: «Sí, era preciso socorrerla.»
- Sí, todo eso pasó rápidamente.
- Pues bien; me pareció en aquel momento que no éramos los antiguos amantes que huyendo del bullicio marchan por la solitaria callejuela. Me pareció que éramos dos niñas vestidas de negro, dos hermanas huérfanas extraviadas en el bosque, en un bosque de grandes árboles, secos y rectos, de suelo cubierto por una espesa alfombra de hierbas secas que jamás tuvieron flor. Estábamos allí solos, completamente solos.
- Sé lo que vas a decir, querida mía. Tú como en aquella época en que nos entregábamos a nuestros juegos infantiles, te llamabas Rosa-Lucía y yo, tu hermana mayor, me llamaba Rosa-Elena. Tus cabellos, de un rubio pálido, brillaban a la luz del sol. Tus ojos relucían como dos perlas. Según íbamos avanzando por el bosque misterioso, aumentaba el tamaño de los árboles y de las hierbas. Hubo un momento en que me dijiste: «¿Has observado, Rosa Elena, como se aproximan a nosotros y nos amenazan estas plantas y estos álamos que hay en nuestro derredor?» Yo respondí: «Rosa-Lucía, ya lo he notado y me causan tanto horror que, para no verlos, cierro los ojos,» «abracémonos fuertemente, repusiste, y no pensemos en ellos.» Y nos abrazamos, continuando así nuestro camino. Pero he aquí que, al cabo de un rato me dijiste: «¿Has observado Rosa Elena como se juntan las plantas y los árboles ante nosotros para impedirnos el paso?» «Sí, Rosa Lucía, te contesté, y he sentido que una liana se deslizaba por mi espalda como si fuera una culebra.» «Pues abracémonos más fuertemente, aún, exclamaste; abracémonos hasta ahogarnos para ocupar el menor sitio posible en el sendero.» Y así lo hicimos. Pero los álamos y las hierbas se agrupaban de tal modo que nos iban quitando la luz. Entonces tú me dijiste: «¡Rosa-Elena, creo que voy a desmayarme. Me falta aire y cada árbol me parece un ataúd. Y yo grité asustado al verte palidecer repentinamente: «Si te falta aire pon tu boca sobre la mía; respira el aliento que sale de mi corazón.» Y con los labios unidos, identificadas

las almas por aquel beso que deseábamos no ver interrumpido nunca, permanecimos largo rato.

De pronto observamos que un álamo colosal, el más alto de los que interceptaban nuestra marcha, nos miraba fijamente. Volvimos el rostro horrorizados y vimos que todos los demás árboles tenían ojos y nos miraban también. El primero agitando su cabeza de la que pendía extraña cabellera de ramas, habló así con voz semejante á la del viento: «Deteneos, oh jóvenes seres que concentrando vuestros pensamientos en una aspiración de eterna felicidad, sólo teneis para nosotros miradas de horror.

Deteneos, y dadnos algo de esa sabia engendradora de gratas ilusiones que llena vuestro espíritu. Tened piedad de la desgracia que nos aflige cuando el viento de Otoño nos arranca las hojas y la corteza de nuestros troncos queda endurecida por la escarcha. Miradnos compasivamente; estrechadnos entre vuestros brazos » «No, no; exclamé con acento alterado por el terror; nuestros abrazos, nuestra juventud son para nosotros.» Pero tú me suplicaste que fuera generoso y compasivo y yo, por complacerte, y únicamente por complacerte é imitarte, miré con lástima á los odiosos álamos y abracé sus abominables troncos. Y en aquel mismo instante cesaron como por encanto los motivos de nuestro miedo, de nuestra angustia y llegamos sin dificultad á la campiña llena de luz, de encantos, de perspectivas maravillosas.

—Si, querido mio, todo eso es verdad. Bien comprendiste ayer la razón que tenía para rogarte que socorrieras á la mendiga infortunada, haciéndola participar de nuestra ventura...

Piedad para los árboles tristes y desnudos, para las hierbas secas, para los pobres que imploran la caridad... Abrázame, pues, y soñemos.

—Soñemos alma mía, el hermoso sueño de nuestro amor; soñemos abrazándonos fuertemente, mientras las campanas de la vecina iglesia repican el *Angelus*. Sean nuestros dulces y prolongados besos el *Angelus* melodioso de nuestra inmensa felicidad.

MAURICIO BEANBOURG.

Cuestión de honor

Sierra marchó por la posta
De voluntario á Melilla
Porque hay moros en la costa;
Y, al contarlo, añadió Acosta:
«La costa es de su costilla.»

Marcha á hacer al moro guerra
Por el honor de su tierra ..
Y en tanto, un moro de paz,
¡Le pone el honor á Sierra
Hecho una calamidad!

J. ALGUERO PENEDO.

CARTA D'UN CANDIDATO Ô SEU ELEUTOR

Sr. D. Laureano Salgado.



Quirido amigo: jo que lín,
Gasús, María é José!
¿Dixo de certo vosté
O que n'os papeles vin?

Porque n'eles s'asegura
Que n'un banquete políteco
Vosté n'ó momento críteco
Dixo con moita frescura,

*Que por sempre se retira
Dend' hoxe á vida privada;*
¡Y-eso foi unha arroutada
Que me parece mentira!

¡Home; vosted'é o perello!
¿Retirarse? ¡Bah, bah, bah!
Y-a desculpa que nos dá
¡É dicirnos que vai vello!

¿Vello xá? ¡Vaiche n'a feira!
¡Un home sano e rebusto
Qu'einda relouca de gusto
Cando sinte unha muiñeira?

¡Vello, quèn pode (si o tenta
O diaño que n'eso goza)
Chiscarlle un ollo á unha moza
Sin que se entere a parenta?

¿Vello vostè, meu galán,
Co-eses aires festexeiros
Y-eses ollos churrusqueiros
Y-esa cara de sultán?

Anque queira engatusarnos
Prá qu'a desculpa lle valla,
Vosté fainos moita falla
E non pode abandonarnos.



¿Retirarse? ¡Estamos bèn!
¡Home, vaya unha ocasión!
Pois eu, dígolle que non...
Porqu'á min non me convên.

¡Vostè déixame colgado
Y-eso, paisano, hai que velo!
¿Si se retira, en Campelo
Quèn me saca deputado?

Retírese, y-os caldenses
Hanllo de tomar á insulto,
Y eu... ¡son capás d'irll' ô bulto
Con todol-os campelenses!

Eu téñolle moito aquél,
Porqu'amigo, foi ô fin
Vosté quèn me fixo á min
Candidato de cartel.



¡E si quixo darm'un cento
De votos, d'a ves pasada,
Conte que n'outra fornada...
Nin con dous mil me contento!

Tamén teño outros motivos
Pra obrigalo á que desista:
Sin vöstedes, adios Revista;
Pois ¿quén me croba os recibos?

¡Era boa amocadura
Qué vosté se retirase!
¡Si o dito á cabo levase
Eu... comiall'a figura!

Qu'un home de talla e peso,
Non pode dicir así:
«Señores, voume d'eiquí,
Con que... adios... e ahí queda eso!»

Dígoll'esto, meu amigo,
Todo en gallego, prá que
M'o entenda millor vosté;
Porque, señor, o qu'eu digo:



N'a nosa terra, onde temos
Non sei que rayo de modos,
Si con ser gallegos todos
Einda no-n-os entendemos,

¿Hai mèdeo, Don Laureano,
De chegarnos á entender,
Dando todos en poñer
As cousas en castellano?

Ademais, eu con afán
A falar o galleguiño
Deprendin de pequeniño
Como bo bergantiñán.



Xa qu'estamos en Galicia
Hai que falar como n'ela...
Y-o linguaxe de Castèla
Non lle tén tanta malicia!

E non lle digo mais xa;
Porque teño para min,
Qu'ó qu'en gallego pidin
en gallego m'o fará!

Con que déixeme de tretas
E retire á dimisión
Si non quere, en concrusión,
Que lle faga... ¡mais quartetas!

Y-eiquí termina esta carta,
D'a qu'espera sacar fruto,
Seu deputado (en canuto)
Y-amigo

ENRIQUE LABARTA



LA DIVISA

ANDREA amaba á su marido: no cabía duda alguna sobre el particular. Cierto que cuando Andrea se casó, Carlos, su marido, tenía mala fama; había sido héroe de garitos, alegre bebedor y amigo de mujeres; un calavera, en fin, pródigo y aturdido; cosas disculpables, no obstante, en un jóven noble y rico. Nobleza obliga.



Tenían dos hijos, dos criaturitas pálidas, cuyas carnes rara vez se coloreaban á punto de contrastar su matiz sonrosado con la blancura de las sayas y las blondas de sus vestidos; sus vocecillas eran agudas y débiles y afligía á aquellos pobres niños una constante irritabilidad nerviosa; dos seres enfermizos, dos chiquitines delgaditos que miraban con tristeza y sonreían con melancòlica expresión, como si les pareciese todo indiferente en un mundo del que no habían de gozar por muchos años.

Ni los específicos de botica, ni el sol, ni el aire, ni el mar les

daria por completo el necesario vigor para la vida.

¡Solo el amor de la madre, solo ésta podría prestarles con su corazón el fuego y la energía.

Habia en sus hijos una brasita vital que el aliento del amor acrecentaría, prestando saludables colores á aquellas mústias mejillas, resistencia y potencia á los músculos, sensibilidad á los nervios, pensamiento al cerebro.

Por lo mismo que tal era su fé y tales sus amorosas esperanzas, sentía un profundo miedo al pensar que ella y sus hijos se hallaban á merced de Carlos, el cual no se habia corregido de sus antiguas locuras. No se habia corregido, ella lo sospechaba así; más aún, casi tenía de ello una probada certeza.

Sin embargo, pocos dias antes de aquél en que Andrea hubo de atormentar su ánimo con las referidas sospechas, había recibido una prueba de cariño y de estimación por parte de Carlos. Salieron juntos en el carruaje; Carlos muy contento y muy orgulloso apareció con ella en público mostrándose como un marido enamorado.

Fueron á los toros. No solo rindió Carlos su indiferencia á los piés de Andrea sino que además ésta tuvo ocasión de recibir otro inesperado halago á su vanidad de mujer.

—¡Calla!—dijo Carlos en cuanto se hallaron en el palco.—Sí, no hay duda; es á tí á quien saluda el diestro.

—¿Qué diestro?—preguntó Andrea.

—Paco el *Brioso*.

—¡Ah! ¿Paco el *Brioso*?—replicó Andrea. ¿Dónde está?—interrogó mirando sonriente al redondel y saludando á su vez á un jóven torero lujosamente engalanado.

—¿Le conocías?—pregunta Carlos—porque he de decirte que es grande amigo mío.

—Sí, lo conocía; le habia conocido cuando era soltera y aun se hallaba en Sevilla. Andrea por entonces hubo de ir con su padre á ver un cortijo donde hallaron al torero.

Andrea era muy jovencilla por dicha época y el *Brioso* un chavalillo alto, delgado, con ligero bozo.

Andrea hizo una detallada descripción y parecía recordar con gozo aquellos tiempos.

—Aún me parece ver al pobre muchacho en el momento en que me prestó su caballo para que yo me pasease por el cortijo:

«Ni á la misma reina, señorita, le dejaba yo mi jaca con más gloria» —me dijo con mucha galantería.

Comenzó el espectáculo con la aparición de un arrogante toro negro en cuya piel iba enclavada una bonita divisa roja; el *Brioso* afrontó tranquila, ligera y valerosamente al toro, y exponiéndose con arrojo á la muerte, arrancó la divisa, y allegándose hasta el palco donde se hallaban Carlos y Andrea ofreciósele á ésta en medio de los aplausos del público.

Andrea recibió no sin gozosa gratitud, aquella galante demostración.

Estaba satisfecha, y en cierto modo, compensada del abandono en qué, hasta entonces, la habia tenido su esposo; solo al siguiente dia, mirando á sus hijos, sintió el remordimiento de haberles olvidado al entregarse á una frívola y vanidosa complacencia.

Los besó, por esto, sin duda más apasionadamente que nunca.

II

Algunos dias después, tales habian sido las muestras de afecto que Carlos habia dado á su mujer, y por manera singular contrastaban con la conducta de indiferencia y despego que hasta entonces habia empleado con ella, que Andrea creía ver en todo lo dicho un nuevo ardíd de su marido para llevar á cabo una locura, y al fin se convenció al oírle decir que pensaba vender los bienes que le restaban de su cuantiosa fortuna, para realizar un importantísimo negocio.

¡Oh! Del dia de su reconciliación, de aquel dia de sus últimas ilusiones no la quedaba otro recuerdo que la divisa del torero, colgada de uno de los tapices de su lindo gabinete.

Hallábanse almorzando; Carlos habló con seriedad y con tono hipócri



tamente grave; empleó todos los recursos de su experiencia por convencer á Andrea; les era necesario, según decía el marqués, cambiar de conducta; Carlos se enmendaría; con un pequeño capital, producto de la venta de sus bienes y de muchos objetos de lujo, se marcharía al extranjero á dedicarse al trabajo para recuperar del todo la fortuna perdida.



—En tanto—dijo Carlos—tu me harás el gran favor de vivir con decorosa modestia; quisiera llevaros conmigo, pero esto me impediría obrar con entera libertad.

Y Andrea llegó á convencerse.

—Estoy dispuesto á todo—había dicho el marqués—hasta á vender á Jak, mi caballo favorito.

Aquella mañana se presentó el *Brioso* en la casa; habia sido llamado por Carlos para que pusiese precio al hermoso alazán andaluz del marqués.

El Brioso era un arrogante mozo; tenía cierta gravedad y seño-

rio mezclado á un singularísimo arte de modestia al que nada se echaba de ver de torpeza y encogimiento. Usaba de un modo por el cual el vivo gracejo andaluz se ceñía á la discrección más exquisita.

Luego que hubo dado su opinión respecto al caballo del marqués, dijo á éste que deseaba pedirle un favor.

El marqués se ofreció á servirle.

Andrea oyó algo que hubo de impresionarla de un modo inexplicable; por curiosidad primero, por simpatía después, estuvo atenta á las palabras del *Brioso* cual si le interesasen de un modo directo é inmediato.

—*Puez ez er caso* que ando en *dansa* con *er* duque de Sirguren por *motivos* de un huerto que deseo comprarle.

La familia del torero habia poseído en la vega del Genil una casita y un huertecillo; por desgracia se vieron obligados á venderlo todo... y el *Brioso* quería recuperarlo comprándoselo al duque de Sirguren, su propietario.

—Cuando mi padre se vió *perdió* era yo un *bigardón*, tumbado al sol durante el día y de *parrandas* y *juergas* por las noches. Yo no sabia sinó *gallear* entre los bravos, tocar la *vigüela*, montar á caballo y rejonar toros.



Pero de que *vide* á los pobres viejos hechos una lástima, metime con ánimo en el toreo... y he tenido fortuna y *guita* porque hoy puedo comprarles á los abuelos todo cuanto necesiten... Y vamos, no quiero entenderme con el administrador para este negocio que he dicho... sinó con el señor duque.

—Esto que yo quiero *mercar* para mis *viejecillos*—decía—que por ellos me juego la vida en el mundo, es el *mesmito paraiso* de Dios; la casa donde yo nací; á la vera hay unos árboles que plantó mi *pare*, que dan una sombra que es un consuelo bendito. Tiene una parra encima de la puerta que *paice* mejor que esos palios de *hojalata* que ponen aquí á la entrada de los hoteles. Todas las tardes hará media en el banquillo de piedra mi madre, y estará tan *ricamente* la abuelita.

Ya ven ustedes, sinó es para esto, para que vive uno y ofrece el *zaco*, exponiéndose á que le haga girones la cuerna de un Miura.

III

Cuando se anunció por las calles la cogida del *Brioso*, Andrea se conmovió profundamente; y cuando hace muy poco, la pobre marquesa recibió en una carta la noticia del desastroso fin de su marido, muerto en París á consecuencia de un desafío por deudas de juego, arruinado además por sus liviandades la carta cayó al suelo...

Andrea habia sido villanamente engañada por Carlos. Entonces retorció sus manos, miró en torno suyo dolorosamente y fijó sus ojos por acaso en el punto de la habitación donde se hallaba colgada la divisa: precipitose sobre ésta y rompiendo á llorar depositó un beso en el disco de raso y oro... Luego, mirando á la carta, que yacía abierta y arrugada sobre la alfombra y como si en ella viese Andrea vivo el recuerdo de su marido, murmuró:

—¡Miserable!

JOSÉ ZAHONERO.

LOBITO

HA Y animales que debían hablar.

Y no lo digo para deprimir la especie humana y ensalzar las inferiores, que bien se está cada uno en su casa ó en su cubil, y cada oveja con su pareja, y Dios con todos. Pero si «Lobito» hubiera poseído el don de la palabra se habrían evitado muchos disgustos.

En primer lugar, Luisin, su amigo y confidente, y él, hubieran perfeccionado su mútua inteligencia, ya muy estrecha, y evitado que, en ocasiones, se amoscaran por un—roe este hueso—ó se enfurruñaran por cualquier nonada; con lo que el uno se separaba mohino y contrariado y el otro con el rabo entre piernas, sin llegar á la avenencia hasta que se desarrugaba el entrecejo del primero y se estiraba el rabo del segundo, cosa que, por otra parte, acontecía á los pocos momentos, como era natural en dos seres sin rencor y sin malicia.

Además, si «Lobito» hubiera emitido sonidos articulados, acaso se salvara habiendo explicado su enfermedad, los dolores que le aquejaban, la parte del cuerpo que le hacía padecer, y todos esos nimios detalles que revela el paciente y son el cuadro sintomático en que funda el médico su diagnóstico para servirle de base al método curativo segun el proceso patológico. Pero nada, en la casa ni en sus cercanías habitaba quien entendiese de remedios caninos y todo era remedios caseros: aceite, leche, purgas; pero remedios caseros que se aplicaban como si «Lobito» fuese constituido como una personita cuya naturaleza se desconociese, mas sensible á los medicamentos, no por su valor medicinal sino por la cariñosa intención que los prodigaba, y en efecto, «Lobito» perdía terreno en el mundo de lo vivo. Enflaqueció, amarilleó en piel; sus ojos, antes tan expresivos, iban apagando su brillo, como velón que apura el mineral y amortigüa su luz; sus espantables ladridos, que fueron terror de extraños, no eran ya mas que débiles sonos. Rehusó la comida. Las caricias que con extremado mimo le hacía Luisin, inconsolable, ya no surtían en él aquel efecto retazón de sus buenos tiempos; las recibía mústio, meneando lentamente la cola, como con trabajo; dando á entender su agradecimiento, pero sin contonearse con los graciosos esquinces que eran la delicia de su amito.

«Toma «Lobito», que esto te sentará bien. Anda, no seas tonto ya verás qué golosina te doy cuanto te pongas bueno» le decía el chico siempre que se le propinaba alguno de los líquidos. Y el perro alzaba la cabeza y la inclinaba luego pesadamente, no pudiéndola sostener con su leonado cuerpo.

Una noche se acostó en su cama de paja, babeando, hecho un esqueleto; pero aun tuvo una mirada para Luisin, que se despidió de él lloriqueando, como si dejara en la caseta del perro un pedacito de su corazón de siete años.

A la mañana siguiente el hortelano arrastraba el cadáver de «Lobito» fuera de la choza, y lo dejó sobre la yerba, mientras que él con la azada cavaba la fosa al pié de unas hortalizas.

Aquella enfermedad desconocida, acaso la edad cuya pesadumbre nada remedia, arrebató por fin al fiel guardián que llenara su papel en la vida de modo tan leal, que fuera envidia de los hombres si los hombres fueran menos orgullosos.

«Lobito,» el mastin de piel finísima, era el bicho predilecto entre la abigarrada familia que poblaba los corrales. Tenia su vivienda ad hoc, hecha para él cuando entró en la casa de sus amos, hacia dos lustros; un Chalet en miniatura, una monería, con su patin, su bebedero y comedero, todo cercado por una empalizada muy vistosa, con pretensienes de verja; por cuyos vanos asomaba el negro hocico para gruñir á los visitantes, abriendo una boca, verdadera boca de lobo, que mostraba dos filas de blanquísimos y puntiagudos huesos. Para él era la bazofia mas fina, los desperdicios mas suculentos, los terrones de azúcar, los mimos mas delicados.

«Lobito» era fundador de una raza, en cooperaciou de una perra muy lista que respondía por «Tina»; pero habiendo ésta huido de su domicilio conyugal en compañía de un vagabundo barbilindo, resolvió «Lobito» contraer segundas nupcias, en las que tampoco fué afortunado, pues su hembra segunda tomó el olivo en la misma forma que la primera; y así sucesivamente con varias esposas, que despues de hacerle al pobre grandes y auténticas perradas le dejaban sendos cachorros, fruto de su maridaje. Con tal sistema la prole llegó á ser numerosa, mas unos por muertos, otros por expulsados y otros por cedidos, el caso era que en la época en que nos hallamos, con el «Lobito» desaparecía de la casa de Luisin el primero y el último de los vástagos de la ilustre y canina familia de «Lobito» «Tina» y compañeras.

Por estas y otras razones el «Lobito» era muy querido de la casa y sobre todo de Luisin, que lo conocía desde que abriera los ojos á la luz de la razón, que tenía en él su mayor atractivo, su diversión mas tolerada, su amigo mas complaciente, su recurso mas grato.

¡Pobre «Lobito»! Quién sabe si su temble presencia habría ahuyentado mas de una vez el merodeador nocturno. Porque á él se le ponía en libertad á la noche y se le encerraba al amanecer, y en este lapso apenas descansaba, hallándose en todas partes como atentor centinela que teme ser sorprendido; de tiempo en tiempo gruñía para anunciar cualquier ruido insólito y ¡ay del importuno que se aproximase á su terreno!

Dentro del recinto amurallado de la finca, «Lobito» era una fiera; mas allá, un animal inofensivo. Singular instinto que le revelaba sus deberes permitiéndole hacer el oportuno uso de sus facultades caninas. Así los perros como los hombres, cuando se salen de su círculo de acción pierden la razón de su fuerza, sin ganar nada la fuerza de su razón.

Pero todo acabara para «Lobito.»

Allí estaba su cadáver, frío como la tierra que lo iba á cobijar.

Luisin no apartaba los ojos de él, permanecía inmóvil, petrificado, como si la muerte de su amigo le hubiese paralizado á él tambien la vida.

Al borde de la huesa, el cuerpo de «Lobito», aguardaba el momento de caer en el fondo para ser cubierto con la misma tierra que él había labrado tantas veces con su paso. Esa tierra iba á apropiarselo para siempre; le había amamantado y le servía de mortaja.

Luisin hizo la última caricia á su amigo íntimo.

A un golpe de la azada cayó el perro rodando.

La tierra le tapaba poco á poco, abrigándole con cariño de madre.

Por fin, «Lobito» quedó oculto entre las entrañas de la tierra, húmeda y fría como la muerte misma, como todo cuanto se deshace y lleva en sí con despojos de muerte gérmenes de vida. ¡Feliz «Lobito!» que al dejar de ser dejó tras sí una estela de alabanzas regada con lágrimas de agradecimiento; como no se puede decir de muchos dotados de alma racional.

Luisin se separó de aquel triste lugar llevando en su corazón el primer amargor de su existencia.

ROBERTO MUNAIZ.



Cierto escritor orensano muy conocido en Galicia, entró en un comercio de Madrid á preguntar por un paisano suyo, de quien le habian dicho que estaba allí empleado como tenedor de libros.

—¿Tiene V. la bondad de decirme si vive aquí un chico gallego apellidado, Martinez?—preguntóle al dueño del establecimiento.

—Afortunadamente, aquí no tenemos ningún gallego—contestóle éste con sorna.

—Usted perdone. Me equivoqué.

Ya veo que aquí son ustedes todos de la huerta de Valencia.

—¡Hombre! ¿Cómo lo ha adivinado usted?

—Porque allí es donde se dan los mejores *melones*.

En un exámen de Mineralogía:
El profesor.—¿En qué sistema cristaliza el diamante?

El alumno.—Pues, el diamante, el diamante...

El profesor.—(Levantando el dedo índice con disimulo y haciendo-

le señas al examinando). ¡Fíjese V. bien!

El alumno.—¡Ah! sí! ¡Ya sé! El diamante cristaliza... en el dedo.

* *

Hablábase con calor en un corrillo de amigos, acerca de los sucesos de Melilla.

—Conozco yo un medio infalible para vengarnos de los riffeños sin necesidad de disparar ni un solo tiro—decía Don Homobono.

—¿Y cuál es?

—Hacerlos á todos yernos de mi suegra.

—¿Y qué se conseguiría con eso?

—¡Qué dentro de un año no quedaría ni un solo moro con vida, por que antes de ese plazo ya habria conseguido mi suegra.. ¡matarlos á todos á disgustos!

* *

Receta para arruinarse

Publíquese en Galicia una revista literaria, y sin escatimar gastos ni sacrificios de ningún género, ilústrese con fotograbados y páguese á los colaboradores los artículos y poesías que remitan. Enseguida nómbrense corresponsales á unos cuantos sujetos que yo conozco, los cuales acostumbran á levantarse *con el santo y la limosna*, y admítanse las suscripciones de todos los individuos que después de recibir la Revista tres ó cuatro meses, cuando se trata de cobrar devuelven el recibo diciendo con frescura que no están suscriptos.

Siguiendo al pié de la letra esta receta, se encontrará el experimentante, con que antes del término de un año habrá perdido su paciencia, su trabajo y sobre todo... su dinero, que es lo que queríamos demostrar.

E. L.

La correspondencia administrativa dirigirla desde hoy al Director de esta Revista D. Enrique Labarta y la literaria á D. Gerardo Alvarez, hasta nuevo aviso.

SUMARIO:

TEXTO.—*Dr. Leopoldo Arnaud*. (Semblanza), por E. Labarta.—*¡Al Africa!!*, por José G. Acuña.—*Consulta*, por Fernando G. Acuña.—*La limosna*, por Mauricio Beaubourg.—*Cuestión de honor*, por J. Alguero Penedo.—*Carta d'un candidato ó seu eleutor*, por Enrique Labarta.—*La divisa*, por José Zahonero.—*Lobito*, por Roberto Munaiz.—*Agudezas y anécdotas*.—Anuncios.

GRABADOS.—*Retrato del Doctor Leopoldo Arnaud*; fotograbado de Juarizti y Mariezcurrena (de fotografía directa).—Ilustraciones y viñetas.

LÍNEA REGULAR DE VAPORES

TRASATLÁNTICOS

de F. Prats y Compañía

Sociedad en comandita entre la Península, México y Estados Unidos

Viaje directo para Puerto-Rico, Habana y Cienfuegos

Saldrá el 24 de Septiembre de 1893, el nuevo vapor español JUAN FORGAS, de 5100 toneladas. Admite carga y pasaje para dichos puntos y también carga con trasbordo para Progreso, Campeche, Veracruz, Frontera, Tuxpan y Tampico.

Su consignatario en Pontevedra y Marín D. JOSÉ RUESTRA.

IMP. DE A. LANDIN

EXTRACTO DE LITERATURA

REVISTA ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre, 2 pesetas.

» » semestre, 3:50 idem.

» » año, 7 id

Ultramar y extranjero, semestre, 7 idem.

» » año, 10 id

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.

Idem atrasado, 25 idem.

A corresponsales y vendedores 12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencionales.

COMPANIA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIAJES RAPIDOS

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo, Buenos-Aires y el acífico.

Saldrá de Villagarcia el 20 de Agosto el magnífico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasajeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es superior y variada siempre con vino. Asistencia médica quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo *D. Manuel Bárcena y Franco*. En Villagarcia, Carril y Caldas, *D. Laureano Salgado*, *D. Alfonso Rueda* y *D. Manuel Carús*.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 1.º de Noviembre de 1893, saldrá de *Marin*, con destino á Rio Janeiro, Montevideo y Buenos Aires el vapor

Ortegai

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la Compañía. En Vigo *D. Francisco Tápias*, Arrenal 128; en Coruña *Sres. Arce y Comp.ª*, Real 37, y en Pontevedra y *Marin D. José Riestra López*.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, FERIA 38—Pontevedra.